

12. DELICADEZA EXTREMA

Capítulo 12 de la publicación 'interna' del Opus Dei: Vivir en Cristo

La vida de relación, el trato, la convivencia, nos exigen una serie de virtudes capitales: la caridad, la justicia, la lealtad, la veracidad, la nobleza... Sin ese fundamento, la armonía, la concordia, y aun la simple convivencia, no son posibles, y el trato mutuo es una fuente de conflictos.

Pero estas virtudes fundamentales no bastan, del mismo modo que un simple armazón no constituye un edificio, y por consiguiente no es habitable. Estas virtudes principales necesitan todo un cortejo de pequeñas virtudes -la gratitud, la afabilidad, la cortesía, el buen humor, la atención...- que son protección de aquellas otras mayores, y a la vez manifestación suya; que constituyen su acabado, su perfección, y que sostienen su ejercicio.

IMPORTANCIA DE LAS VIRTUDES MENORES

Haya veces, quizá como reacción a formalismos sin vida, una equivocada tendencia a prescindir de esas virtudes, especialmente de las menores, con el pretexto de una mal entendida sinceridad, espontaneidad o sencillez. Todos sabemos hasta qué punto se hace difícil, y aun borrascosa, la convivencia en las familias, entre los compañeros, en la sociedad, cuando esas virtudes faltan. Se hace necesario revalorizarlas, haciendo ver su verdadero fundamento, su auténtico contenido, al mismo tiempo que sus formas y sus frutos.

La última raíz y el fin de todas las virtudes es la caridad: también por lo que se refiere a esas virtudes menores, que tienen todo el encanto de la perfección, del acabado, de la integridad. En términos de caridad puede y debe explicarse todo para un cristiano. Y la práctica de todas esas pequeñas virtudes cabe resumirla en estos términos: delicadeza extrema.

En la vida social, en la convivencia civil, es necesario atender primero -o quizá simultáneamente- a las grandes exigencias de la caridad y de la justicia, porque su omisión invalida las pequeñas y las convierte en una gran mentira, en un disfraz.

En ámbitos más reducidos -en la familia, y en los grupos vinculados por la amistad- esas grandes exigencias se cumplen de ordinario sin esfuerzo, vienen dadas, están supuestas y son su misma base. Y aquí, al mismo tiempo que es donde se presenta la mejor ocasión, es donde hay más necesidad de cuidar los detalles. La convivencia es mayor, la mutua ayuda más apremiante, el trato más continuo y natural, y por eso exige que las manifestaciones sean más finas y que estén los hábitos tan hondamente formados que se actúe bien, delicadamente, con espontaneidad, con prontitud y facilidad: es decir, ha de haber verdadera virtud, disposiciones estables.

En el seno de una familia suele ayudar a la formación de estas virtudes la existencia de inclinaciones naturales, de sentimientos primarios. En otros ambientes, la adquisición de la virtud supone más esfuerzo, es una labor más personal, más inmediatamente sobrenatural: pero también aquí, aunque no sea indispensable, es conveniente que haya una base humana, una educación, unos modos que ayuden, que aseguren un mínimo de buena convivencia desde el principio.

En la Obra formamos una familia de vínculo sobrenatural: sobrenatural es nuestro principio -la vocación-, sobrenatural es el camino, y sobrenatural es el fin al que hemos sido llamados. Pero, como un medio ordinariamente necesario, se nos piden -formando parte de la misma idoneidad para la vocación- virtudes humanas. Y entre estas virtudes, están las que miran directamente al trato entre nosotros, a la ayuda que esta convivencia fraternal ha de prestarnos para alcanzar nuestro fin: la santidad. Como su coronación o como su resumen, está esa delicadeza, conjunto de pequeñas virtudes y manifestación de las grandes. Por eso nuestro Padre, al señalarnos criterios de selección en el proselitismo, escribió estas palabras: *¿qué condiciones vamos a exigir? El tono humano de la Obra de Dios, su ambiente, es la aristocracia de la inteligencia -especialmente en los varones- y una extremada delicadeza en el trato mutuo* 1. Delicadeza extrema que es un

(1) Instrucción, I-IV-1934, n. 63;

ingrediente necesario, que ha de condimentar nuestro trato de hermanos a lo largo de todo el camino.

Esta necesidad no proviene de que nuestro trato sea más o menos continuo, sino del hecho de que formamos una verdadera familia, de vínculo sobrenatural. De aquí que el ejercicio de esas pequeñas virtudes ha de ser tan acabado que cree entre nosotros un verdadero ambiente de hogar, aun sin la materialidad de vivir bajo un mismo techo. Un ambiente de hogar, fruto de la caridad, pero de una caridad particularmente fina, que llega al detalle, que está en las cosas pequeñas. Esta delicadeza se logra cuando la caridad es también cariño, y cuando ese cariño está lleno de finura, cuando es sensible a los detalles, a las mil pequeñas exigencias de la vida diaria.

RELACIÓN CON LA VIDA INTERIOR

La delicadeza en el trato no se limita a constituir un criterio de selección, sino que es después y siempre un criterio de conducta: ya en el desarrollo de la vocación, hay que hacer crecer estas virtudes, aplicadas a las circunstancias concretas de cada día, perfeccionarlas, llevarlas a un grado heroico - virtudes heroicas reclama la santidad-, llenarlas de contenido sobrenatural, sentir y cumplir las exigencias extremas que el amor de Dios comporta en este terreno, llevar a sus últimas consecuencias -al detalle- un cariño muy sobrenatural en su principio, en su motivo, en su forma y en su fin.

La meta es ahora más alta, y a más extremos se extiende. Muchas personas sin educación humana, sin formación alguna de vida social y aun familiar, son de una extremada delicadeza en el trato como fruto de una intensa vida interior. La intimidad con el Señor hace el alma más sensible, afina los modos, confiere delicadeza. Y luego, la visión sobrenatural, la vida de fe, hacen ver a Dios en los demás; y entonces el trato -aun lleno de sencillez y de cordialidad- contiene también una especie de veneración, de hondo respeto, que es delicadeza.

¿No sabéis vosotros que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? 2. Estas palabras de San Pablo dan la explicación a este hecho de experiencia, y a la vez nos señalan terminantemente una exigencia de nuestra misma vocación, de nuestros deseos de santidad; nos muestran que la delicadeza, que ese conjunto de pequeñas virtudes

(2) I Cor. III, 16;

-su práctica, a veces difícil- nos viene ahora nuevamente exigido por razones estrictamente sobrenaturales. ***Con el sentido sobrenatural, la caridad: esa politesse humana y divina que es la caridad, el cariño.***

El trato con Dios afina nuestros modos interiores, nos lleva a obrar con veneración suma en todo lo que se refiere al Señor, con amor, con atención. Y al mismo tiempo, Dios nos mueve a tratar a los demás como El los trata: con tanto amor. ¡Qué delicadeza amorosa emplea Dios con cada uno!: sugiere cuando podría mandar, invita cuando podría obligar, da sin hacerse sentir, prevé y dispone con providencia todos los detalles, sin descuidar nada. Y por último, este trato con Dios nos hace descubrir su presencia -al menos, posible- también en las otras almas. *Si alguno dice: sí, yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es mentiroso* 3. Con la misma caridad, con el mismo amor amamos a Dios y a nuestros hermanos; y las mismas exigencias de eficacia, de obras y de detalle, tienen esas dos manifestaciones de un único amor, que es siempre amor a Dios: *no amemos solamente de palabras y con la lengua, sino con obras y de verdad* 4. Obras que no son sólo un armazón, sino un edificio acabado; que no son sólo una malla, sino un tejido de maravillosa: delicadeza.

Delicadeza extrema que es apostolado, proselitismo fino, y que vivido acabadamente es todo un programa de santificación propia y ajena. ***¡Pues no es poco! Ahí tienes todas las delicadezas que se viven en nuestros Centros, todo ese cuidado de procurar fastidiarse cada uno para hacer más agradable a los demás la entrega a Nuestro Señor, y para quitarles los obstáculos en su camino de santidad.***

No se trata ya de las más elementales normas de la caridad y de la justicia, sino del detalle, de lo que puede calificarse de extremada delicadeza: tal como lo vemos en la vida de Jesús y de María, en multitud de ocasiones.

Estaban en Caná de Galilea, en aquellas bodas a las que habían sido invitados. Y hay una primera delicadeza de Santa María; antes de que se note la falta de vino, antes de que se produzca la confusión de los esposos y del maestresala, antes de que los invitados puedan murmurar, Nuestra Señora se da cuenta. *Dijo a Jesús su Madre: no tienen vino* 5. ¡Con qué discreta y extremada solicitud sale al paso

- (3) I Ioann. IV, 20;
(4) I Ioann. III, 18;
(5) Ioann. II, 3;

de aquella necesidad, que tampoco era una necesidad primordial, sino un detalle de cortesía; ni siquiera el maestresala, que tiene este oficio, se ha dado cuenta! A la delicadeza de María Santísima va a seguir la delicadeza de Jesús: discretamente, da unas órdenes y llena de buen vino las tinajas. Dijo el maestresala al esposo: *todos sirven al principio el vino mejor, y cuando los convidados han bebido ya a satisfacción sacan el más flojo; tú al contrario has reservado el buen vino para lo último* 6. Jesús ha convertido el agua en vino, para aliviar una necesidad y salvar de la confusión a los esposos y sostener la alegría de los convidados; pero ha hecho más: ha convertido el agua en el mejor vino. ¡He aquí la perfección de esa delicadeza de caridad que se nos pide!

En el banquete de Simón el fariseo, dijo Jesús a Simón: *¿ves a esta mujer? Yo entré en tu casa y no me has dado agua con que se lavaran mis pies; mas ésta ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de la paz; pero ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha derramado sobre mis pies perfume* 7. Son simples detalles -detalles convencionales, pueden pensar algunos lo que Jesús echa de menos en Simón, y agradece a aquella mujer. Simón ya había hecho algo: invitar a comer al Señor, darle un gran banquete; pero no basta. Faltaba precisamente la finura en el detalle, la delicadeza.

TRATO CON NUESTROS HERMANOS

¿Me he esmerado en la práctica de la caridad al tratar con mis hermanos? La pregunta que se nos hace en el examen del Círculo, nos da el tono y la medida de cómo hemos de vivir en la Obra la caridad en el trato mutuo: con esmero. El esmero supone sumo cuidado y atención diligente, delicada, en hacer las cosas. Atención que requiere un esfuerzo constante, capacidad de observación que nos lleva a conocer a los demás, a estar en sus gustos y si es necesario a renunciar a los nuestros, sin que se note, para hacerles grata la vida. La delicadeza se fundamenta en el esfuerzo positivo, personal, activo, consecuencia natural de pensar en los demás y no en nosotros mismos, que es condición para la caridad fina.

- (6) *Ibid.*, 10;
(7) *Luc.* VII, 44-47;

Contra el trato fino y delicado va la brusquedad, ese modo áspero y desapacible de comportarse que no tiene nada que ver con la fortaleza en el trato. Y también se le opone la grosería, la falta de educación, el no respetar los usos sociales de cortesía del país en que vivimos. **¡Os quiero delicados, finos!**, nos dice el Padre. **¡Entre vosotros no debéis ser groseros! Delicados; que no quiere decir amanerados.**

La grosería tiene tantas manifestaciones, como campos de aplicación posee la delicadeza a la que contradice. A ella se reducen el descuido en el vestido, en la mesa, en el deporte, en el modo de hablar. *Vuestra conversación sea siempre con agrado sazonada con sal, de suerte que acertéis a responder a cada uno como conviene* 8, nos dice San Pablo. La cortesía abarca un conjunto de reglas y modos que han surgido naturalmente de la convivencia humana, con objeto de hacerla agradable y digna; y no tenemos derecho alguno para prescindir de ellos, en aras de una falsa espontaneidad que simplemente abriga una carencia de delicadeza.

La falta de educación, la falta de atención, no es otra cosa que una falta de respeto a los demás. Falta de modestia, de pudor, por el que el hombre modera, regula y templea sus acciones externas y su porte según lo conveniente a su estado.

Es igualmente contrario a la delicadeza el uso de familiaridades en el trato mutuo, que perjudica la dignidad del trato de familia, convirtiéndolo en algo chabacano. **No tengáis miedo a teneros cariño, pero sin familiaridades.**

Otra manifestación contraria a la delicadeza reside en la intemperancia, en la falta de moderación en el trato con los demás. El destemplado marca continuamente altibajos, condicionados por su estado de

humor o por la persona a que trata; y fácilmente llega a la equivocación de hacer distinciones entre unos y otros, que conduce a la formación del grupito, de la capillita, de la amistad particular. ***Que os queráis***, nos dice el Padre; ***sin ninguna cosa particular, que es de gente boba, mal formada***.

La delicadeza ha de ser universal -con todos, porque a todos llega la caridad- y extremada, pero sin empalagos ni exageraciones, que constituyen una caricatura grotesca de la delicadeza verdadera: como lo son la blandura excesiva, la flojedad de modales por falta de

(8) *Colos. IV, 6*;

tacto y de medida, la afectación, la falta de naturalidad y sencillez en los modos. Es la persona estudiada que toma con servilismo las normas de cortesía, consiguiendo un efecto contrario al que esas normas por naturaleza pretenden. Es la persona redicha que habla, se comporta y obra con una perfección rebuscada, chocante, que molesta.

Es necesario revalorizar esas pequeñas virtudes sociales que constituyen la delicadeza. Prescindir de ellas supone el egoísmo de no pensar en los demás, o una falta de finura de espíritu, de vida interior.

PRÁCTICA DE LA DELICADEZA

Delicadeza es medida y templanza, equilibrio; es penetración de espíritu, sensibilidad, finura; es cortesía espontánea y natural, sin excepciones ni omisiones; es obsequio o atención sin servilismo; es pudor o modestia sin mojigatería; es confianza y llaneza sin familiaridad; es diligencia y espíritu de servicio sin oficiosidad... En una palabra, la delicadeza en el trato mutuo supone atención y miramiento, que es finura a personas y cosas en las obras y en las palabras.

Si para todo cristiano la delicadeza va más allá de lo meramente humano, porque ha de transformarse en caridad, para nosotros trasciende lo humano de un modo particular. Y lo trasciende porque somos más conscientes de su motivo sobrenatural: la presencia de Dios en todo nuestro actuar, y el conocimiento de que nuestros hermanos son templos del Espíritu Santo, como también lo son los demás hombres o por lo menos están destinados a serlo. Trasciende lo humano también por su ejercicio: porque nuestra vocación -que pide virtudes heroicas- nos exige delicadeza extrema, esmero en el trato mutuo.

La delicadeza no consiste sólo en actuar; puede y debe en muchas ocasiones ser pasiva. Manifestaciones de esta *pasividad* son, por ejemplo, no darse por enterado ante una situación o hecho embarazoso que puede producir confusión, y el saber escuchar con naturalidad y atención; es el vulgar *no estar en babia*, sino abierto a la comprensión e interesado en las cosas de los demás.

La delicadeza se refleja en detalles: la sonrisa habitual que, si es expresión de la paz y el orden interiores, no será nunca forzada; el modo delicado de tratar las cosas, los muebles, las puertas; el caminar sin estrépito; el no elevar destempladamente la voz; la corrección en el vestir, el aseo personal, la pulcritud, y tantas otras pequeñeces que son a diario la sal y el agrado de la convivencia, que se cimentan en un espíritu habitual de mortificación. Mortificación que sería equivocada si mortificase a los demás: como mortifica la sonrisa forzada que denota esfuerzo o el escuchar desvaído que manifiesta aburrimiento.

COMPLEMENTO DE LA CARIDAD

Es hondo el ligamen que existe entre caridad y delicadeza. Sin caridad, la delicadeza no tiene sentido. Sin delicadeza, la caridad no está completa, porque ese esmero fino es su adorno, la última pincelada que convierte, por así decir, el cuadro de la caridad en una obra maestra terminada.

Caridad delicada que es fruto de la presencia de Dios, de la visión sobrenatural que permite hacerlo todo por Dios, y descubrirle en los demás. En última instancia, delicadeza en el trato mutuo es finura con el Señor. *En verdad os digo* -son palabras de Cristo- *siempre que lo hicisteis con algunos de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis* 9.

Hemos de emplear en este campo ese medio, fruto de caridad, salvaguarda de la integridad de nuestro espíritu, que es la corrección fraterna. Finura sobre finura es asegurar, con ***esa advertencia llena de delicadeza y de sentido sobrenatural***, que continúe siendo una realidad entre nosotros, como lo fue hasta ahora, la finura de trato, de vida, de ambiente de hogar. Porque la delicadeza no es un lujo, sino una necesidad de nuestro espíritu.

Vasto campo de mortificación, entrega, humildad. Frutos abundantes de unidad y de paz en la

alegría del vivir en familia; y también, frutos de proselitismo, del mejor proselitismo: con nuestros propios hermanos. Nos lo recuerda el Padre: *¿y qué manifestaciones tiene esa caridad para con tus hermanos? Yo te lo he dicho mil veces: hacerles amable el camino de la santidad.*

La presencia de la madre en el hogar es siempre fuente y garantía de delicadeza. Por eso el ambiente de cariño delicado y fino en nuestra vida depende mucho de la presencia de Nuestra Señora, de la devoción, del amor que le tengamos. Una razón más para quererla mucho y para tratarla también con una extremada delicadeza, con una piedad pródiga en detalles.

(9) *Matth.* XXV, 40.

[Volver al índice de Cuadernos 3: Vivir en Cristo](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos del Opus Dei](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)